

que los hombres al salir. Entre los factores que propiciaron este hecho encontramos el control social y que para una mujer resultaba más difícil reemprender la vida familiar. *El daño y la memoria* reconstruye muy bien estos aspectos, aunque no profundiza sobre un hecho aludido respecto a la estancia en prisión: la desatención de las organizaciones antifranquistas hacia sus militantes encarceladas. Al salir de prisión, tendieron a apartarlas de la actividad política. Algunas de estas mujeres la reemprendieron en los años sesenta y setenta, con la militancia en organizaciones como Comisiones Obreras o les *Comissions de Solidaritat*, que desde 1969 apoyaban a los represaliados políticos y a sus familias. Esto no significa que el autor haya omitido el tema, como muestra con un artículo en el anterior número de *Historia del Presente*.

En definitiva, Ricard Vinyes ha construido una sólida obra que permite comprender cómo vivieron las mujeres la prisión política durante los años cuarenta y cincuenta y entender las dificultades personales que encontraron tras su excarcelación. Así mismo, constituye un buen complemento de *Irredentas*, ya que nos explica la percepción de las víctimas del universo carcelario y los límites (y efectividad a extramuros) de esta industria creada para doblegar a los opositores del régimen franquista.

Nadia Varo

José Álvarez Cobelas, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo

XXI, 2004, 416 pp., ISBN 84-323-1162-6.

El presente libro es el resultado de una tesis doctoral elaborada durante casi diez años por José Álvarez Cobelas, profesor de instituto, y dirigida por Manuel Pérez Ledesma. Aborda un tema que está adquiriendo centralidad en los últimos años, el del mundo universitario e intelectual durante el franquismo, con síntesis generales de gran calidad, como las de Santos Juliá y Jordi Gracia, pero también con buenos estudios regionales, como el llevado a cabo por Benito Sanz Díaz sobre la Universidad de Valencia. Libros que llegan después de una década de cierto olvido historiográfico, pese a las prometedoras vías abiertas con la obra sociológica de Benjamín Oltra (1976 y 1978) y Ricardo Montoro (1981), las de Pablo Lizcano (1981) y Roberto Mesa (1982) sobre la generación y los sucesos del 56, la de Miguel A. Ruiz Carnicer sobre el SEU (1990) y, sobre todo, con el congreso *La universidad española bajo el régimen de Franco* dirigido por Carreras Ares y Ruiz Carnicer en 1991. Porque en los años sesenta y setenta nadie hubiera puesto en duda que la universidad encerraba las mayores energías en la lucha contra la dictadura y albergaba las mayores esperanzas de cambio en el futuro que se abriría tras la muerte del dictador.

El libro de Álvarez Cobelas comienza, como no podía ser menos, con los duraderos efectos de la represión franquista sobre la enseñanza media y la universidad, con cifras que lo dicen todo por sí solas: en 1939 sólo se reconocían como estatales 77 institutos y hasta 1946 sólo se abrieron seis nuevos, número que se mantuvo hasta 1960,

mientras que los centros privados pasaban de 802 a 910 entre 1946-1947, y al finalizar 1951 alcanzaban los 952 (p. 27). Por cada alumno estatal, en 1951, estudiaban cuatro en centros religiosos (la obra de referencia en este tema sigue siendo la de Gregorio Cámara Villar, *Nacional-Catolicismo y escuela*, de 1984). En la universidad la penetración falangista no fue mucho mayor, pues como ya señalaron Ruiz Carnicer y Jordi Gracia hace unos años, la fascistización consistió por encima de todo en una represión brutal que dejó numerosos vacíos —en ocuparlos rivalizaron falangistas y católicos, eso sí, unidos por un mismo ideal depurador— y que al final no hizo sino acentuar los rasgos más reaccionarios e integristas de la vieja universidad liberal.

A partir de ahí, Álvarez Cobelas traza un recorrido algo titubeante entre la tradición católica, la de los “selectos” de la ACNP, y la falangista, con experiencias como el Servicio Universitario de Trabajo (SUT), creado en 1950 por el padre Llanos e integrado en el SEU un año después y que enlazaba con una visión romántica del, en acertada definición, “buen obrero” (siempre y cuando se le sanara del “virus” del marxismo, claro). Esa mitificación del obrero supondría un punto de encuentro entre las culturas políticas falangista y católica en los años cuarenta y cincuenta y, a su vez, entre éstas y la izquierda marxista ya en los sesenta, aunque paradójicamente creciera en proporción inversa al aislamiento real respecto al mundo obrero. Es ésta una idea fundamental para comprender la evolución de muchos intelectuales universitarios después de 1956, aunque es una lástima que Cobelas no la haya

aprovechado en un análisis que flaquea en la interpretación. Esta carencia se hace aún más manifiesta en el estudio del tema central de la obra, la oposición de izquierda en la universidad, desde las primeras detenciones de miembros de la refundada FUE en 1946 a las intensas movilizaciones de veinte años después. El relato se hace aquí analítico-descriptivo en exceso, de hechos bien conocidos por otra parte, cuando la multitud de fuentes orales y escritas disponibles daba la posibilidad de ofrecer un retrato más matizado y sugerente de los jóvenes universitarios, de sus culturas políticas, de sus expectativas sociales e individuales, de sus expresiones culturales.

Tienen más interés las páginas en que Álvarez Cobelas profundiza ese retrato de las que podríamos llamar “generaciones universitarias” del 56 y del 68, a partir de las primeras encuestas sociológicas, como la realizada por José Luis Pinillos en 1955. En ésta quedaba ya de manifiesto el rechazo, cuando no simple desprecio, de los estudiantes hacia los dirigentes políticos, los militares y las jerarquías eclesiásticas; seis de cada diez tenían una actitud claramente disconforme con la sociedad del momento, el 65% declaraba posturas socializantes y el 85% se consideraba culturalmente liberal (datos que Laín utilizó, con poco provecho, para su conocido informe sobre la universidad). Si entonces más de la mitad se consideraba una generación sin maestros, el autor hace bien en recordar cómo diez años después, cuando de produjo la expulsión de Tierno Galván, Aranguren y García Calvo de sus cátedras, la situación había cambiado: “Actualmente en unas Universidades

tan grandes y con un número tal de alumnos, con tantos canales de información, no se puede comprender que un hombre como López-Aranguren gozara de un prestigio que superaba ampliamente el marco de su Facultad, y fuera respetado por casi todos los estudiantes, aunque no le hubiesen leído” (p. 159). Se aportan otros datos interesantes, como el elevado porcentaje de estudiantes de la Universidad de Madrid que vivían en colegios mayores, instituciones del régimen o de la Iglesia que acabarán desempeñando un papel relevante en las movilizaciones universitarias. Y, sobre todo, los que muestran el desarrollo de la elitista universidad franquista desde los últimos años cincuenta, si bien en la década siguiente se podía hablar de masificación sólo en pocos casos (como el de Filosofía y Letras, que pasó de 5.267 a 12.071 alumnos), con una diversificación social aún muy limitada (aumentó el número de estudiantes procedentes de las clases medias, pero el de clases trabajadoras seguía suponiendo menos del 6%). Para Álvarez Cobelas el problema fue, antes que nada, la improvisación con la que el régimen afrontó tal desarrollo, por lo demás muy previsible teniendo en cuenta el cercano ejemplo europeo, mientras crecía la sensación de que la universidad había dejado de ser una institución reservada a las elites (p. 215).

Esos cambios sociológicos tuvieron una incidencia directa en las movilizaciones políticas —recuérdese el caso de los famosos PNN— e influyeron en su radicalización. Las aulas universitarias vieron durante esa década no sólo el patético final el SEU, reconvertido en

unas fantasmagóricas Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APES), sino también el definitivo declinar de las organizaciones de inspiración cristiana, como la Unión de Estudiantes Demócratas (UED), y la competencia entre el PCE, el FLP y las pujantes organizaciones trotskistas y maoístas por ocupar el espacio dentro de la izquierda. La respuesta del franquismo continuó siendo ante todo represiva, creando en 1968 la denominada Policía de Orden Universitaria (POU) y un servicio de contrainformación: a finales de septiembre de ese año el subsecretario de Educación, Alberto Monreal Luque, se reunió con el general Muñoz Grandes, entonces jefe de Estado Mayor, para solicitarle «en nombre del ministro con la aprobación del Jefe del Estado, apoyo técnico para evitar que la subversión en los medios universitarios colocara al Régimen en una situación similar a la que el Mayo Francés situó a De Gaulle» (pp. 219-220). El estado de excepción de enero de 1969, con una larga lista de profesores confinados y estudiantes detenidos, pronto demostraría lo inútil de tales medidas.

El estudio de Álvarez Cobelas se detiene en 1970 sin otra justificación, según ha declarado el autor, que la existencia de otra tesis de doctorado que debe retomar la historia en ese mismo punto, una opción discutible pese a los cambios ministeriales y la nueva Ley de Educación, pues interrumpe el relato seguido hasta ahí sobre la oposición universitaria al franquismo. Al final el balance sobre las dimensiones y el alcance real de esa oposición no queda claro, y las cifras que se dan —el autor estima en unos trescientos los estudiantes organizados dentro de gru-

pos políticos en el momento álgido de 1968, entre los 60.000 de la Universidad de Madrid, sin contar por supuesto los simpatizantes y “compañeros de viaje”, mucho más numerosos (p. 348)—hubieran exigido un mayor esfuerzo interpretativo. Se habla de movilización y disidencia, pero falta un marco teórico en el que encuadrar esos fenómenos más allá del análisis de los distintos grupos y sus ideologías, para valorar cómo y por qué esos pocos centenares de “alborotadores y jaraneros”, “envenenados de cuerpo y alma”, a quienes había que “tratar como niños pero castigar como hombres”, pudieron traer tan de calle a Franco, Carrero, Blas Pérez y otros jerarcas del franquismo. Una de las tesis del libro es que los estudiantes españoles no participaron en la lucha política contra la dictadura y por la democracia, o no sólo, sino sobre todo en la lucha por su liberación individual y colectiva, por un proyecto de futuro socialista y revolucionario, ni más ni menos como sus compañeros europeos. Lo que habría que haber explicado mejor es el carácter complementario pero también contradictorio de esas dos luchas, porque ambas cosas hubo, considerando que esos jóvenes revolucionarios de ahí a pocos años iban a ocupar plazas claves en el poder político y cultural del país. A pesar de estas importantes objeciones, el presente libro supone una contribución a un tema importante que, como demostró su movida presentación con García Calvo en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, presenta todos los retos, las ventajas pero también las dificultades, de hacer historia del tiempo presente.

Javier Muñoz Soro

Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, 342 pp., ISBN 84-8432-556-3.

Este libro, como el propio autor declara en la introducción, no es tanto un estudio de la realidad de la disidencia (o el antifranquismo), sino de la percepción gubernamental de esa disidencia. Tal como esa percepción se expresa en el discurso público, propagandístico, pero sobre todo en el informe privado y discreto destinado sólo al consumo interno; y también, según se recupera o recuerda en las memorias de algunos protagonistas principales (López Rodó, Carrero, Fraga, Martín Villa...). El valor y el interés del estudio de Pere Ysàs reside precisamente en esos informes privados, conservados en el Archivo General de la Administración (AGA), especialmente los agrupados en el interesante fondo del Gabinete de Enlace creado en 1962 para coordinar la información sobre el antifranquismo, pero también los generados por las instituciones políticas y administrativas del régimen: Consejo Nacional del Movimiento, Organización Sindical, etc.

La amplia glosa de esos informes permite reconstruir esa percepción gubernamental, en general bastante bien informada y atinada en el diagnóstico de los problemas y su gravedad, pero muy limitada y a menudo contradictoria en las propuestas alternativas, generalmente imposibles de llevar a cabo sin alteraciones fundamentales del régimen. La percepción gubernamental del “enemigo” revela el alcance y el peso